

Las crisis del marxismo y la transformación del capitalismo

Stathis Kouvelakis

Stathis Kouvelakis es profesor del King's College de Londres e investigador asociado del Centre d'Histoire des Systèmes de Pensée Moderne de la Universidad de La Sorbona (París). Es doctor en filosofía y en ciencias políticas, especializado en Marx y la tradición marxista, la filosofía alemana y la teoría crítica contemporánea. Entre sus obras se cuentan *Karl Marx: La critique de la philosophie du droit de Hegel* (París, Ellipses, 2000), *Philosophie et révolution* (París, PUF, 2003), *La France en révolte* (París, Textuel, 2007). Asimismo, es editor entre otras obras, de *Marx 2000* (París, PUF, 2000), *Dictionnaire Marx Contemporaine* (con J. Bidet, París, PUF, 2001) y *Lenin Reloaded: Towards a Politics of Truth* (con S. Zizek y S. Bugden, Durham, Duke UP, 2007).

Entre las razones por las que el marxismo es un objeto intelectual extraño, incluso desconcertante, no es la de menor entidad el hecho de que tenga «crisis» recurrentes. Pero el término «crisis», del que se ha abusado en exceso, requiere una discusión preliminar. En lo que sigue, la fórmula «crisis del marxismo» se interpretará en un sentido decididamente «subjetivo», en las antípodas, por ejemplo, de su uso cuando se refiere a crisis económicas. Así, sólo podemos hablar de «crisis del marxismo» como un momento único en el que ocurre algo bastante inusual en la historia de las ideas (¿alguna vez se ha oído hablar a los platónicos de una «crisis del platonismo» o a los kantianos de una «crisis del kantismo»?). Lo que esto sugiere es que una categoría de agentes que se identifican a sí mismos como «marxistas» declara que viven su relación con este objeto teórico en forma de «crisis». En otras palabras, las «crisis del marxismo» son coyunturas en las que la declaración «hay una crisis del marxismo» es predominantemente interna; o dicho de otra manera, esta declaración sirve para designar la experiencia que tienen los «marxistas» al definir su propia relación con este referente.

De esta definición aurorreferencial se derivan varias consecuencias que son aparentemente menos tautológicas. La primera de ellas es que «las crisis del marxismo» son claramente distintas de «las muertes del marxismo» proclamadas periódicamente desde un punto de vista externo y, en general, abiertamente polémico. Esto último se refiere a una lógica bastante diferente, en otras palabras, a la dimensión «espectral» de la presencia del marxismo en la historia. En esencia, lo que estas sesiones de exorcismo nos dicen es que, como los muertos a los que se teme porque se cree que no descansan en paz, el marxismo nunca deja de rondar en nuestro presente como un fantasma (¿de qué otra forma podríamos explicar la repetición-compulsión que dirige ese asesinato ritual?). También nos dice que, invariablemente, cada «muerte» del marxismo irá seguida por su «regreso»² coincidiendo con el cambio de coyuntura, como el retorno del que, sin duda, estamos siendo actualmente testigos.

En cierto sentido, el marxismo sólo escapa de esta repetición espectral de muerte y resurrección para entrar en crisis, y esto es algo que le confiere un parecido inquietante con el psicoanálisis y las ciencias «naturales» (compárese con la «crisis de la física» de principios del siglo XIX, coincidente, además, con la primera crisis del marxismo).³ ¿Se trata solamente de una analogía formal? En principio, parecería que no, porque, como en las ciencias naturales y el psicoanálisis, el marxismo sólo puede definirse como una combinación de teoría y práctica con la impronta de una historicidad radical, y no como un cuerpo doctrinal formado *sub especie aeternitatis*, es decir, digamos que se presenta como el resultado de ciertas coyunturas. En esta conexión, las «crisis» son momentos en los que, al generarse «controversias» que testifican la confrontación entre tesis contradictorias, las discrepancias

1. Sorel 1982, págs. 237-238

2. Para el desarrollo de esta cuestión, véase Kouvelakis 2000.

3. Lenin comienza la sección del capítulo 5 de *Materialismo y empiriocriticismo*, titulado «La crisis de la física moderna», con esta cita del «famoso físico francés Henri Poincaré»: «hay 'signos de una seria crisis' en la física»: Lenin 1968, pág. 252. Sobre este episodio, ver Lecourt 1973.

inherentes a la combinación teoría/práctica se muestran a plena luz del día, planteándose la cuestión de la reorganización completa de la configuración teórico-práctica.

De todas formas, y aquí es donde termina la convergencia con las ciencias naturales, es completamente ilusorio pensar que las «crisis del marxismo» serían simples momentos de transición, que separan dos estados, más o menos estables, de teoría/práctica, ya se entienda dicha transición como una sucesión de paradigmas que gozan del consenso de la comunidad científica (las «revoluciones científicas» de T. S. Kuhn) o como el cruce de umbrales internos de cientificidad gracias a reiteradas «rupturas epistemológicas» (la tradición francesa de Bachelard y Canguilhem). Esto es así porque el marxismo, desde la propia contribución de Marx, con sus incoherencias internas, límites e insuficiencias, es *constitutivamente* una teoría de la crisis. Lo que no deja de ser un efecto y una reacción a la onda expansiva que el acontecimiento fundacional de la modernidad (la Revolución francesa y sus repercusiones) desencadenó en la esfera de la teoría y la cultura.

El marxismo, reflejo de la crisis primigenia de la sociedad burguesa y del naciente capitalismo, cuya equivalencia absoluta con la actualidad de una revolución ininterrumpida postula, lo es sobre todo porque replica la crisis en la impureza de su propia configuración teórico-práctica. Inseparable de un imperativo de «cientificidad» (que ningún marxismo real, ni siquiera el más ferozmente «antipositivista», ha podido evitar), el marxismo concibió esta realidad de una manera totalmente original (sobre este punto, y como hizo notar juiciosamente Althusser, sólo el psicoanálisis resiste la comparación),⁴ porque en último análisis no se refiere a otra cosa sino a un campo intrínsecamente agonístico, a una *lucha de tendencias*. Una lucha que se centra en sí misma, a través del mecanismo del desplazamiento de las líneas de demarcación y su capacidad para reformular problemas, la historicidad y la productividad de la teoría. La combinación teórico-práctica del marxismo sólo puede reafirmarse como portadora del «espíritu de escisión»⁵ (Sorel) inmanente en el orden capitalista en la medida que se (re)constituye como una «ciencia de escisión», dividida irreductiblemente en una multiplicidad de tendencias, gobernadas por una relación de interdependencia mutua que toma la forma de la confrontación.

¿CRISIS «FIN-DE-SIÈCLE»?

A pesar de su carácter abstracto, este breve recordatorio de la dimensión constitutiva de la crisis del marxismo es necesario para situar las coyunturas de las crisis particulares en una perspectiva histórica. En concreto, este es el caso de dos crisis, separadas aproximadamente por un siglo (finales del siglo XIX y del siglo XX), que definen un ciclo histórico del marxismo, y cuyos efectos aún no se han extinguido. En ambos casos, si comparamos sus textos inaugurales (Masaryck y Bernstein en el caso de la crisis del siglo XIX, Althusser en el caso de la del siglo XX), lo que sorprende inmediatamente es la repetición de la peculiar sintomatología del proceso denominado crisis del marxismo. Encontramos la misma observación inaugural de una crisis en las formas concretas de la política proletaria (la esquizofrenia de la socialdemocracia alemana, desgarrada entre una práctica reformista no consciente y un discurso revolucionario impotente; la crisis del movimiento obrero, que acusará los efectos a largo plazo de la plasmación en Estados de las revoluciones del siglo XX). Hallamos el mismo desasosiego al percibir el carácter inacabado e internamente contradictorio de la *oeuvre* de Marx, incluso de la piedra angular de la

4. Ver Althusser 1991.

5. Ver Althusser 1991 y la discusión de esta noción en Balibar 1991, págs. 80-89.

6. Incluso antes de que apareciera el volumen III de *El Capital*, Conrad Schmidt ya había lanzado el debate sobre la validez de la ley del valor –un debate que continuó después de su publicación, en particular debido a las intervenciones de Engels, Sombart y Böhm-Bawerk sobre la compatibilidad entre los volúmenes I y III. Generalizando, el campo hostil a la ortodoxia –con la (dudosa) excepción de Labriola (ver Bidet 1988)– estaba a favor de cambiar la teoría del valor-trabajo (cf. Bernstein 1961, págs. 24 y ss., Sorel 1982, págs. 145-149, y Labriola 1934, págs. 25-29). Para una visión general, ver Besnier 1976. Un siglo después, en el momento en que se empezó a hablar de la crisis del marxismo, Althusser comenta el carácter «ficticio» de la unidad en el orden expositivo de *El Capital*, como primer ejemplo de las «contradicciones» internas de la obra de Marx (Althusser 1979, págs. 232-234).

7. Resumiendo de forma rotunda la interpretación dominante del «testamento político» de Engels dentro de la Segunda Internacional, Masaryck afirma que en ella Engels dictaminó «la futilidad de la revolución» y lanzó una llamada a la «táctica política y parlamentaria» (Masaryck 1898, pág. 515). Bernstein, que se mantuvo ambiguo sobre el carácter utópico o directo de la revolución, aprovechó cualquier ocasión para desafiar la tesis del proletariado homogéneo y revolucionario por naturaleza (Bernstein 1961, págs. 6-12). Lo menos que se puede decir es que el vigor «anti-clasista» y «anti-esencialista» del post-marxismo actual tiene sus precedentes.

8. Este es otro punto significativo de convergencia entre Bernstein y Sorel (comparar Bernstein 1961, págs. 103-106 y Sorel 1982, págs. 106-109, 150-163). No hace falta enfatizar la importancia de estos temas en la visión post-marxista de la «pluralidad» y «dispersión» constitutiva de las necesidades sociales. (Laclau y Mouffe 1985 y ss.).

9. Bernstein 1961, pág. XXX.

10. En lo que se refiere a la teoría, sería más apropiado hablar de una revisión dentro del marxismo que de una revisión anti-marxista (citado en Lidtke 1976, pág. 349).

11. Bernstein 1961, pág. 4.

12. Bernstein 1961, pág. 213.

13. «No es una cuestión de volver a la letra de lo que escribió el filósofo de Königsberg sino al principio fundamental de su

teoría, su *magnus opus*, *El Capital*.⁶ La misma duda sobre la actualidad de la revolución, especialmente en lo que se refiere a sus condiciones subjetivas (la misión histórica atribuida al proletariado).⁷ La misma protesta contra la primacía otorgada a la «economía» por el materialismo histórico y contra la visión «determinista» y «necesaria» de la dinámica social.⁸ En fin, la misma proclamación del carácter regenerador y del potencial creativo de la propia crisis del marxismo.

Vale la pena enfatizar el último aspecto, por la enérgica reafirmación que realizan del mismo autores que difícilmente pueden ser sospechosos de demostrar ningún deseo de ortodoxia. Por ello, Bernstein, en el mismo momento que se declara «plenamente consciente de que difiere en varios aspectos importantes de las ideas que se encuentran en la teoría de... Marx y Engels»,⁹ define su aproximación como una «revisión en el marxismo»,¹⁰ e incluso como una contribución a éste como «teoría de la sociedad moderna». ¹¹ Al rechazar la identificación del «revisionismo» –un término con el que se identifica– con el proyecto de «reemplazar a Marx»,¹² su objetivo consiste en revitalizar el «espíritu crítico» que inspiró Kant,¹³ y romper con el «escolasticismo» de la «ortodoxia»,¹⁴ mediante la rectificación, por la vía de la necesaria actualización, de las «lagunas» y los «residuos de utopismo»¹⁵ que lastran la teoría fundada por Marx.

Siguiendo sus pasos, Sorel, que saluda con entusiasmo la crítica de Bernstein a la ortodoxia de Engels y Kautsky, considerándola incluso un «trabajo de rejuvenecimiento del marxismo» y un «retorno al espíritu del marxismo»,¹⁶ percibe en la «crisis» y «descomposición del marxismo», «un gran avance»,¹⁷ el comienzo de un periodo de secularización de la doctrina.¹⁸ Pese al enfado de su amigo e interlocutor cisalpino Labriola, siguió esgrimiendo estos términos.¹⁹ «Purgado» de «todo lo que no sea específicamente marxista»,²⁰ esta «otra» descomposición secular convertirá de nuevo al marxismo en adecuado para la práctica de la auto-organización proletaria, reflejada de manera concreta en el sindicalismo revolucionario.²¹ Incluso Masaryck, el típico académico positivista con vagas tendencias «progresistas» y socialistas, concluía el artículo que lanzó públicamente el debate sobre la «crisis del marxismo» interpretándola como el comienzo de una posible renovación, si no del marxismo, al menos del socialismo, que estaba obligado a reinventarse sobre la base misma de las relaciones capitalistas y de sus persistentes defectos.²²

Cuando proclamaba la crisis del marxismo hacia finales de los años 1970, y confiaba en los aspectos liberadores de ese enunciado programático, Althusser sin duda no aportaba nada nuevo, contrariamente a lo que parecía pensar.²³ De todas formas, esta amnesia, que no sorprende en un autor que nunca concedió demasiada importancia a nada que cayese fuera de su propia lectura extraordinariamente selectiva y galocéntrica de Marx, se acompaña de una omisión de orden diferente. De hecho, Althusser se aprestó a lanzar oficialmente la «crisis del marxismo» sin mencionar siquiera lo que constituye el Otro intelectual del marxismo, es decir, el *capitalismo*. Solamente hay una referencia fugaz a la «paradoja» de los diferentes caminos tomados por los Partidos Comunistas en el contexto de «la intensidad sin precedentes... (de)... las luchas de la clase obrera y del pueblo», combinado con «la crisis más seria que el imperialismo ha conocido nunca». ²⁴ Y a partir de aquí pasamos a un asunto grave: la «crisis teórica dentro del marxismo». ²⁵ Como mínimo, la reconstrucción que propone de esta crisis resulta extraña, ya que, aunque

obra: el espíritu crítico» (Bernstein 1961, págs. 223-224). El famoso capítulo final de su libro («Objetivo final y tendencia») tiene como subtítulo «Kant contra Cant». Pese a ello, Lidtke subraya que, aunque Bernstein estuviera influido por el clima neo-kantiano de la época, nunca llevó esta influencia a sus últimas consecuencias (Lidtke 1976, pág. 375).

14. Bernstein 1961, pág. 4.

15. Bernstein 1961, págs. 25, 210.

16. Sorel 1982, pág. 182.

17. «La crisis actual del socialismo científico supone un gran avance; implica el movimiento progresivo hacia un pensamiento emancipado de sus grilletes», Sorel 1982, pág. 91.

18. Sorel 1982, pág. 215.

19. «Sorel se ha entregado en cuerpo y alma a la crisis del marxismo, la trata, la expone, la comenta con gusto en cuanto tiene oportunidad» (Labriola 1934, pág. 179). Labriola, un crítico cuidadoso y profundo de Sorel, Masaryck y el revisionismo de Bernstein, aunque nunca concede legitimidad a la «crisis del marxismo», acepta la necesidad de una «revisión genuina y directa de los problemas de la ciencia histórica» (Labriola 1970, pág. 293). Él rechaza tanto la ortodoxia como el revisionismo y argumenta que «como esta teoría es crítica en su verdadera esencia, no podrá continuarse, aplicarse ni mejorarse si no se critica a sí misma» (Labriola 1934, pág. 29). El término de Labriola para esta teoría era «comunismo crítico» (Labriola 1966, pág. 244).

20. Sorel 1982, pág. 252.

21. «Al actuar, los trabajadores dan forma a la verdadera ciencia social; siguen los pasos que se corresponden con las tesis básicas y esenciales de Marx» (Sorel 1982, pág. 90). Tres décadas más tarde, en un contexto mucho más oscuro, Karl Korsch llegó a conclusiones bastante similares a las de Sorel en relación a las consecuencias de la «crisis del marxismo» (Korsch 1973, págs. 166-167).

22. Dada la decadencia que se ha producido en los términos del debate intelectual, especialmente en Francia, después de dos décadas de violentas campañas antimarxistas, vale la pena comentar la conclusión de este artículo, escrito hace algo más de un siglo: «aunque el marxismo fuera completamente defectuoso, el socialismo no se colapsaría. Tiene unos fundamentos reales que surgen de los defectos evidentes de la organización social actual, de su injusticia e inmoralidad, de la gran pobreza

empezara en los años 30, no fue identificada por el autor de *Pour Marx*. Althusser, fiel a sus hábitos, calla sobre los otros diagnósticos que surgieron en este periodo sobre la «crisis del marxismo» (Korsch ya en 1931 y Henri Lefebvre en 1958).²⁶ Además, después de algunas reflexiones sobre los efectos del estalinismo tan esquemáticas como poco originales, el texto se demora en el «descubrimiento» que Althusser parece haber realizado en ese momento: la existencia de «lagunas» e incluso «enigmas» en la obra de Marx (el orden de exposición de *El Capital*, el Estado, o el problema de la organización de la clase obrera). Althusser, sin embargo, sólo dedicaría un texto inacabado, aparecido póstumamente, a este tema.²⁷ En todo momento, el capitalismo permanece obstinadamente detrás de los bastidores. Las referencias a la «lucha de las masas», que aderezan aquí y allá su trabajo, suponen más un ritual de encantamiento que el análisis –aunque sólo sea un bosquejo– de alguna situación concreta o práctica.

A este respecto, el contraste con la crisis del siglo XIX es muy llamativo. Una sola ojeada a los textos inaugurales basta para observar la aguda comprensión que demostraron, a pesar de sus conclusiones divergentes, Bernstein, Sorel o Luxemburg en relación con la sobredeterminación de los factores extra-teóricos en la crisis del marxismo. Dicho de otra manera, esta crisis se vincula a la gran transformación que sufrió el capitalismo a finales del siglo XIX bajo el doble impacto de las luchas obreras y de la reaparición de los ciclos de acumulación, transformación que incluiría la extensión del sufragio, la transición hacia una fase «monopolista» después de la crisis de 1890-95, la expansión imperial, los cambios en el papel del Estado, etc.).

La percepción del carácter «absoluto» de la crisis, es decir, su comprensión como un momento en el que las discrepancias en la teoría y en sus formas de existencia subjetiva impactaron con la realidad cambiante de su objeto no deja de estar relacionada con la extraordinaria *productividad* de la «crisis original» del marxismo. Mostró una capacidad real para reformular y reordenar las cuestiones en torno a las que el complejo teórico-práctico del marxismo se había construido, incluyendo las interpretaciones sobre la transformación «económica» del sistema (el debate sobre el «derrumbe capitalista» y los nuevos modos de acumulación), las cuestiones de estrategia (el parlamentarismo y la huelga general, los sindicatos y las cooperativas), las concepciones sobre la organización de la clase obrera (relaciones clase/partido, el papel de los sindicatos) y, finalmente, la valoración de las realidades «imperiales» de la nueva etapa del capitalismo (militarismo, expansión colonial, la cuestión nacional).

Si, como afirma Gérard Bensussan, es cierto que el inicio de la Primera Guerra Mundial y el consiguiente desastre en el movimiento de la clase obrera revela los «límites objetivos» de cualquier interpretación «optimista y productiva» de la crisis,²⁸ la idea de que fue precisamente durante la crisis cuando se prepararon los materiales que hicieron posible la «inversión» del desastre en una ofensiva revolucionaria podría estar justificada.²⁹

¿EL FINAL DE UNA ERA DE CRISIS?

A la luz de la comparación, no parece exagerado invertir el esquema común de percepción de la historia contemporánea. No fue la crisis de finales del siglo XIX, con sus «tintes wagnerianos *fin-de-siècle*»,³⁰ sino la del final del siglo XX, anunciadora de la

material, intelectual y moral, de las masas. Por tanto, los oponentes del socialismo se equivocan si piensan que esta crisis será muy útil para ellos. Al contrario, puede proporcionar nuevas fuerzas al socialismo si sus líderes caminan audazmente hacia la verdad. Esto es lo que me siento obligado a decir después de señalar los hechos» (Masaryk 1898, pág. 528).

23. Tanto en el texto de su intervención pública en la conferencia de Venecia como en un texto no publicado en el que retoma la cuestión de la crisis del marxismo (Althusser 1994a, págs. 359-366), sugiere que el término lo han utilizado solamente los «enemigos del movimiento obrero» con el fin de «intimidar» a los marxistas mediante el anuncio del «colapso» y la «muerte» de su teoría (Althusser 1979, pág. 225).

24. Althusser 1979, pág. 226.

25. Althusser 1979, pág. 228.

26. El texto de Korsch es comparativamente mejor conocido (cf. Korsch 1931). A pesar de ello, hay que hacer justicia a la lucidez de Lefebvre, quien en ese monumento de la literatura marxista del siglo XX que es *La Somme et le reste* proporcionó un análisis pionero de la «crisis de la filosofía» (Lefebvre 1989, pp. 9-151), y en particular de la «crisis del marxismo», de la que la «crisis de la filosofía» es solamente uno de sus aspectos (pág. 220). Este análisis estaba acompañado por un largo estudio de la coyuntura concreta que dio lugar al surgimiento del gaullismo, la parálisis de la izquierda y del PCF, así como por toda una variedad de materiales teóricos que dieron lugar a la extraordinaria productividad de las intervenciones de Lefebvre en las décadas siguientes —un trabajo que se encuentra en las antípodas del «silencio» estéril y autodestructivo de Althusser

27. Y que termina con una nota interrogativa que es elocuente de la confusión de Althusser en este periodo: «Hablar de lo que puede ser la política implica dar la propia opinión sobre el partido. Pero ¿qué hace alguien en un partido sino política?» (Althusser 1994a, pág. 512).

28. Bensussan 1985, pág. 263.

29. Aunque sólo fuera para aclarar gradualmente el camino hacia una «crítica de izquierdas» de la ortodoxia, sobre bases mucho más claras que las de Sorel o incluso Labriola.

30. Anderson 1983, pág. 66.

31. Tosel 1966, págs. 9-10.

derrota aplastante de las clases subalternas, la que desencadenaría un «proceso de des- emancipación»³¹ de alcance verdaderamente histórico. Si el cariz programático del texto de Althusser demuestra ser efectivo, es precisamente debido a este hecho. Lejos de estar confinada a una «crisis regional del marxismo latino», como afirmaban con optimismo los primeros comentaristas, vinculada a la decadencia de los partidos comunistas de masas y el fracaso del eurocomunismo,³² la «ruptura» en la historia del movimiento de la clase obrera, que en el contexto europeo se diagnostica en 1977, marcó el inicio de una mutación general de la coyuntura. Esto es así incluso si, de acuerdo con la actual topografía del marxismo, el proceso demostró ser desigual, creando nuevas zonas de influencia centradas en el mundo anglosajón.³³

El caso es que, si abrió la crisis, Althusser también frustró su desarrollo y productividad, como resultado de una visión estrecha y teoricista de sus fuentes más profundas, de una ausencia de sentido histórico tanto por lo que se refiere a la teoría marxista como al movimiento de la clase obrera. Esto no deja de estar conectado con la «falta de profundidad» característica, según Fredric Jameson,³⁴ de la consciencia posmoderna, e incluso con un cierto *pathos* —el mismo que, en un mecanismo familiar de «desplazamiento proyectivo», hace que critique al Gramsci de los *Cuadernos de la cárcel* e incluso a Lenin en este mismo texto.³⁵ Todo esto, expresión del malestar ante la inmediatez de la situación de derrota, se tradujo en la forma de «auténtica desbandada»,³⁶ con la sucesión de arrepentimientos, actos de desesperación, y desencadenamiento de impulsos nihilistas, que tomó la retirada del marxismo en el mundo latino, especialmente en Francia. Pero también es cierto que, como indica su correspondencia de la época, Althusser era consciente de sus propios límites y, también, de los imperativos que la crisis estaba situando en el orden del día. Evocando un tiempo en el que sería necesario equiparse con el «conocimiento concreto para hablar de cosas como el Estado, la crisis económica, las organizaciones, los países socialistas», confiesa:

No tengo ese conocimiento y sería necesario, como Marx en 1852, «empezar desde el principio». Pero es ya demasiado tarde, dada mi edad, fatiga, desánimo, y también soledad.³⁷

Posiblemente, para comprender lo que nos separa actualmente de esta coyuntura, es necesario plantear la siguiente cuestión: ¿dónde nos encontramos respecto a esta soledad? ¿su eco resuena sobre el silencio y la nada? ¿o se desliza hacia otra soledad, que Althusser también tenía en mente³⁸ —la soledad creativa, liberadora, de un Maquiavelo? Sin intención de ofrecer una respuesta definitiva a estas preguntas, la hipótesis que adelanto intenta, al menos, proporcionar algo de consistencia a los términos alternativos de la pregunta. En pocas palabras, la «crisis del marxismo» ya ha quedado atrás, y esto es algo no necesariamente tranquilizador para el marxismo. El período más «abierto» que estamos viviendo, sin excluir nuevas derrotas que podrían llevar a la desintegración definitiva, está abonando al menos algunas de las condiciones necesarias para un nuevo «encuentro» entre el marxismo y la práctica de las masas, y, por ello, podría impulsar una reconstrucción teórica radical.

Del mismo modo que su acto inaugural (Venecia, noviembre de 1977), el final de la última crisis del marxismo puede fecharse con precisión. Empezó doce años después, en Berlín, y terminó en 1991 en Moscú con el hundimiento de la URSS. La apoteosis de la reestructuración capitalista se desarrollaba desde mediados de los años 70 bajo el signo

32. Esta es la hipótesis que avanza Perry Anderson en Anderson 1983, págs. 28-30, 61-81.

33. Esta es ciertamente la parte menos cuestionable del diagnóstico de Anderson.

34. Jameson 1991.

35. Althusser 1979, págs. 235.

36. Anderson 1983, pág. 32.

37. Althusser 1994b, pág. 528.

38. Ver Althusser 1999.

del neoliberalismo. El final de los estados que se identificaban con Marx y el socialismo también puso punto final a las condiciones de la crisis del marxismo en dos ámbitos, que pueden designarse convenientemente como el «subjetivo» y el «objetivo».

Subjetivamente, el final de la encarnación de las revoluciones del siglo xx en unos estados determinados dio el golpe de gracia a las organizaciones del movimiento de la clase obrera y a las prácticas de las masas que los tomaban como referencia, aunque fuera de forma crítica o de clara oposición. Junto al estalinismo y sus descendientes también desaparecieron los diversos «antiestalinismos». En realidad, la onda expansiva de 1989-91 afectó a todo el movimiento de la clase obrera y a la socialdemocracia, a la que se unieron rápidamente partes importantes de los partidos comunistas, que reaccionaron a la eliminación del obstáculo «comunista» abandonando lo que había sido la base de su identidad y alineándose con la administración del nuevo orden, particularmente en su dimensión imperialista. La persistencia de algunos partidos comunistas o de partidos directamente vinculados a ellos, que es significativa sobre todo en los países de la «periferia», no debe llamar a engaño. El «movimiento comunista internacional» pertenece irrevocablemente al pasado y su persistencia, incluso en la forma de la pura nostalgia, no debe explicarse como un residuo del pasado sino más bien como el resultado de las nuevas realidades sociopolíticas creadas por la reestructuración capitalista a escala mundial, como una reacción ante estas nuevas condiciones.

Bajo estas condiciones, no sorprende registrar la desaparición de cualquier posible «ortodoxia», pero también la ausencia concomitante de cualquier «herejía» o «heterodoxia», dado que estas nociones se presuponen claramente una a otra. Incuestionablemente, esto supone una ruptura fundamental con respecto a cualquier estadio anterior de la crisis del marxismo, en los cuales, lo que estaba en juego era precisamente la redefinición de los términos «ortodoxia» y «revisionismo». Ambos se refieren a la realidad compartida del marxismo, que se había convertido en la referencia ideológica y doctrinal para las organizaciones de masas y las estructuras estatales. Esta observación ciertamente no supone ningún triunfalismo, porque parece indicar el final de cualquier relación entre el marxismo y las formas organizadas de práctica colectiva, con un futuro que tampoco parece asegurado en las actuales instituciones públicas, especialmente en la educación superior.³⁹ Pero, y este es el reverso de cualquier forma de «vacío», sigue en pie la cuestión del encuentro entre un marxismo «reconstruido» y las nuevas formas de lucha emancipatoria que el capitalismo neoliberal genera de por sí abiertamente.

Del colapso simultáneo de las ortodoxias y las herejías se deriva otro aspecto sorprendente de la actual «salida de la crisis»: la ausencia de una «controversia» significativa dentro del espacio que continúa reconociéndose en la constelación marxista (con una única excepción que se tratará más adelante). Es como si los «miles de marxismos», a los que se refería educadamente André Tosel,⁴⁰ coexistieran en un paisaje pacífico en el que la necesidad de generar controversia está extrañamente ausente. Dado el estatus del marxismo como «ciencia de escisión», un estatus que las coyunturas de crisis han confirmado ampliamente, esto implica con toda seguridad una alteración muy significativa, de efectos ambiguos e inestables. Sin duda, predomina un efecto de atenuación, dado que, como principio, la productividad del marxismo se encuentra en el conflicto de sus diversas tendencias, y la

39. En particular, este es el punto de vista de Étienne Balibar, quien, abandonando sus formulaciones aporéticas y ambivalentes, afirma de forma categórica: «El ciclo secular al que me refiero (1890-1990) ciertamente marca el final de cualquier vinculación entre la filosofía de Marx y la organización de cualquier tipo, y por ello, *a fortiori*, entre la filosofía y el Estado» (Balibar 1995, pág. 118, las cursivas son mías).

40. Ver A. Tosel, *Etudes sur Marx (et Engels)*.

cohesión de la teoría su única fuente de legitimidad. Esto explica, además, por qué la pacificación del campo teórico en cuestión es estrictamente complementaria a su extrema fragmentación. Por otro lado, si se acepta la validez de la hipótesis del final de un ciclo histórico, lo que ha expirado es el modo de conflictividad del periodo anterior, precisamente a causa de su función constitutiva. Estaríamos, por tanto, siendo testigos de algo parecido al final del «formato de crisis» del marxismo, inseparable del final de cierto «formato de partido».

En este caso, la tendencia que está emergiendo actualmente podría interpretarse como una lenta reconstrucción «desde fuera» de la problemática teórica, en condiciones que no son simplemente de derrota —la historia *entera* del marxismo, empezando por Marx, se desarrolla bajo el signo de la derrota—⁴¹ sino también de mutación del estatus mismo del marxismo como complejo teórico-práctico. Las condiciones actuales son de máxima disociación entre los grupos activistas que se adaptan «pragmáticamente» a una práctica fragmentaria y una teoría atrincherada en algunos islotes académicos, desde donde lucha por convencer a la gente de que la transformación social es algo más que, por ejemplo, una extensión de la acción comunicativa de Habermas o de los principios de la justicia de Rawls.

LA CRISIS DEL NUEVO SIGLO

En un sentido más profundo, sin embargo, la hipótesis del cambio en el ciclo histórico viene confirmada «objetivamente» por la transformación del capitalismo, que ciertamente es anterior al giro espectacular de 1989-91, pero al que éste confirió una fuerza irresistible. La auténtica fortaleza del revisionismo de Bernstein, arquetipo de todos los «post-marxismos» del siguiente siglo, consiste no tanto en la fuerza teórica «pura» de sus argumentos como en su percepción del carácter inevitable de los cambios en la política de las organizaciones de la clase obrera inducidos por la «revolución pasiva» del capitalismo que se estaba desarrollando en el periodo imperialista. En este sentido, destacaban la nueva capacidad para establecer compromisos sociopolíticos en el interior de los países del «centro» y la expansión de la violencia colonial, sostenida mediante la escalada militar, hacia el exterior y la periferia. Bernstein pudo así sacudir dos pilares de la teoría y la práctica de la clase obrera del siglo XIX. El primero era el catastrofismo económico, que justificaba la pasividad de la ortodoxia y que el desarrollo económico posterior a la crisis de 1890-95 parecía haber liquidado definitivamente.⁴² El segundo era el «blanquismo», cifra y expresión de las tradiciones insurreccionales de un movimiento obrero, que aún estaba muy imbuido de la memoria de la Comuna de París, de las revoluciones de 1848 y tal vez sobre todo⁴³ de la Gran Revolución de 1793. Bernstein se basaba por completo en factores derivados del nuevo equilibrio del sistema, en el que cristalizaron los efectos de su reproducción ampliada y las conquistas de las luchas populares. Entre otros, la dinámica de la democratización (que él consideraba irresistible) provocada por la extensión del sufragio en varios países europeos y por la abolición de las leyes antisocialistas en Alemania; la fuerza en rápido aumento de las cooperativas y los sindicatos; la expansión de las «clases medias»: la complejidad creciente de la estructura social (especialmente la heterogeneidad cada vez mayor del proletariado); y, finalmente, el elemento más prosaico pero crucial del efecto de pacificación anticipado por las clases dominantes, derivado del apoyo del movimiento obrero a la política de expansión colonial y la defensa del «interés nacional».⁴⁴

41. Y no solamente de un «marxismo occidental —y por esta razón sospechoso—, culpable de un contacto dañino con la cultura burguesa, tal como lo definió Perry Anderson (1976).

42. En este sentido, la formulación de Gustafsson, que es ciertamente parcial, contiene una verdad importante: «la tendencia revisionista de finales de la década de 1890 era, en último análisis, la consecuencia del boom económico cíclico que había empezado a comienzos de la década» (Gustafsson 1976, págs. 275-6).

43. Como ha remarcado Eric Hobsbawm, durante el siglo XIX, a los ojos del movimiento revolucionario de la clase obrera, el «jacobinismo» proporcionaba la llave al problema heredado después de las derrotas de 1848-50 (Hobsbawm 1990, págs. 40-1). Por el contrario, aunque fuera por motivos totalmente opuestos, fue el deseo de acabar con la resonancia de la tradición jacobina lo que explica el considerable apoyo que Sorel otorgó a Bernstein, a pesar de la moderación de éste último, y aún más grave, de su elogio del liberalismo —un pecado supremo para un teórico de la revolución sindicalista. No sorprende encontrar el resurgimiento del viejo refrán del rechazo de la concepción «jacobina» de la revolución en el post-marxismo de los años 80 (ver Ladau y Muffe 1985, págs. 177-178).

44. Significativamente, Bernstein concluye su elogio a la colonización y el expansionismo alemán con la declaración de que «en último término, las civilizaciones más elevadas pueden reclamar unos derechos más elevados» (Bernstein 1961, págs. 177-178).

45. Bernstein 1961, pág. 27.

46. No debería olvidarse que, en gran medida, *Reforma o revolución* (Luxemburg 1970, págs. 33-90) adopta los argumentos de Kautsky, muy próximo a Luxemburgo en este periodo, incluso personalmente. A partir del debate sobre la huelga general, propulsado por la experiencia de 1902-1903, y, más tarde, de la Revolución rusa de 1905, fue cuando la izquierda del partido (Luxemburg, Mehring, Liebknecht) se desvinculó gradualmente del centro kautskyano.

47. Véase Laclau y Mouffe 1985.

48. En particular, Callinicos 1989, Geras 1990 y Wood 1986. Significativamente, tanto la bibliografía «neo-revisionista» como su opuesta es exclusivamente anglosajona —una indicación adicional del desplazamiento de las principales zonas del marxismo fuera del sur de Europa.

49. Para una lectura de la transformación capitalista a la luz de este concepto de Gramsci, ver Kouvelakis 1996.

50. Jameson 1993, pág. 195.

51. Jameson 1991, págs. 399-418.

No hará falta subrayar demasiado hasta qué punto, ante esta postura claramente ofensiva y orientada al futuro, protagonizada —bajo el signo de «con Marx... contra Marx»⁴⁵ por un albacea testamentario de Engels dotado de una gran independencia de criterio y de reconocida honradez intelectual, la respuesta de la ortodoxia —Kautsky, pero también, inicialmente, Luxemburg⁴⁶ (con la excepción, ciertamente decisiva, del tema del militarismo y el colonialismo)— podía parecer débil. Además, la percepción de esta primera crisis del marxismo en el mundo latino (Sorel, Labriola) ofrece amplias evidencias de ello.

En este sentido, el «post-marxismo» que se construye durante la última crisis del marxismo, y que ha encontrado su Biblia en la obra de Chantal Mouffe y Ernesto Laclau,⁴⁷ es un «bersteinismo rebajado», o, en otras palabras, un revisionismo que no es consciente de sí mismo y que confunde tanto su novedad como su objeto. El resultado de la «controversia» que promovió (la única excepción a la tendencia de pacificación en el campo marxista)⁴⁸ demostró pronto ser demasiado precario, tanto desde el punto de vista de la productividad teórica como de la relación teoría/práctica. Por una parte, la sofisticación del discurso que gira en torno a la «hegemonía», «los sujetos múltiples» y la «democracia radical y plural» no puede ocultar un llamamiento cada vez más patente a acomodarse al sentido común del liberalismo y al estado de fragmentación de las prácticas sociales severamente puesto a prueba por la ofensiva capitalista. Por otra parte, la postura de reafirmación en el núcleo de la teoría, aunque muchas veces acertada, y a veces acompañada de la nostalgia del retorno a un mítico «marxismo clásico», ha demostrado ser inadecuada para enfrentarse a las realidades de la nueva «revolución pasiva» del capitalismo,⁴⁹ y está tan alejada de la práctica colectiva como la defendida por el «neo-revisionismo». El último episodio en el ciclo de las crisis del marxismo ha acabado con un resultado bastante decepcionante.

Durante este tiempo, la reestructuración del capitalismo ha seguido su curso. El colapso de los estados «socialistas» ha abierto amplias zonas «externas» para su expansión. El desmantelamiento de los compromisos sociales del periodo keynesiano también ha aportado zonas «internas» de penetración no menos considerables. Las clases obreras están pasando por la experiencia de una reproletarización traumática a escala mundial. Los estados-nación están obligados a reorientar sus formas de intervención de manera que sea exclusivamente funcional a los nuevos requerimientos de la acumulación, mientras un nuevo orden imperialista se establece sin ningún contrapeso en su variedad estatal. Frente a esta realidad, que confirma rotundamente la dialéctica de continuidad y discontinuidad peculiar al capitalismo, se plantea la cuestión de si la tesis de Fredric Jameson ha encontrado su confirmación inicial.⁵⁰

Varios factores apuntan a una respuesta afirmativa. Innombrable en su momento triunfal, velado constantemente bajo el término de «economía de mercado», el sistema empieza a denominarse cada vez más por su propio nombre. Ahora pocos dudan de la pertinencia del término «capitalismo» para referirse a la realidad que se está expandiendo a escala planetaria con las contradicciones explosivas que alberga. No es fortuito que en esta coyuntura el marxismo haya progresado en la dirección de la «cartografía cognitiva» que demandaba Jameson cuando formuló su hipótesis de la posmodernidad como lógica cultural del capitalismo tardío.⁵¹ Ya sea en los trabajos recientes sobre la actual crisis del capitalismo, analizada siempre desde la media y larga duración, como los Robert Brenner, Gérard Duménil y Dominique Lévy; en el «materialismo histórico-geográfico» lan-

zado por David Harvey; en las aproximaciones al fenómeno nacional y al nacionalismo moderno propuestas por Benedict Anderson o Étienne Balibar; o en el estudio de la posmodernidad como la «lógica cultural del capitalismo tardío» iniciado por Jameson, el marxismo ha demostrado de forma incuestionable su capacidad para pensar el presente y, aunque no pueda proporcionar ninguna garantía para el futuro, ofrece la mejor refutación posible a los pronósticos de colapso o muerte.

De todas formas, hay algo más: nombrar el sistema es una condición, y también un signo, que indica que, subjetivamente hablando, algo diferente se ha hecho posible. Sin olvidarse de la necesidad de asumir el requerido trabajo de autocrítica, la experiencia de la derrota empieza a ser desplazada. La reanudación de los conflictos a escala global, que ha sido muy clara a partir de mediados de los años 90 (desde Corea hasta Chiapas), incluyendo el movimiento de diciembre de 1995 en Francia, la revitalización del sindicalismo en los Estados Unidos, o a extensión de las movilizaciones antiglobalización después de Seattle, marcará, sin duda, la entrada del nuevo orden capitalista construido bajo la hegemonía neoliberal en una crisis irreversible. No hay duda de que el futuro del marxismo, que siempre paga un alto precio por su estatus de teoría de la crisis *par excellence*, se está jugando aquí, en la paciente reconstrucción de las condiciones que puedan dar lugar a la lucha colectiva por la liberación. ■

□ Traducción de Juan Pecourt Gracia

Referencias bibliográficas

- ALTHUSSER, Louis (1979), «The Crisis of Marxism», en *II Manifesto, Power and Opposition in Post-Revolutionary Societies*, Londres, InkLinks.
- ALTHUSSER, Louis (1991): «On Marx and Freud», en *Rethinking Marxism*, vol. 4, n° 1, pág. 17-31.
- ALTHUSSER, Louis (1994a), *Ecrits philosophiques et politiques*, vol. I, París, Stock.
- ALTHUSSER, Louis (1994b), «Marx dans ses limites» en *Ecrits philosophiques et politiques*, vol. I, París, Stock.
- ALTHUSSER, Louis (1999), *Machiavelli and Us*, Londres, Verso.
- ANDERSON, Perry (1976), *Considerations on Western Marxism*, Londres, New Left Books.
- ANDERSON, Perry (1983), *In the Tracks of Historical Materialism*, Londres, Verso.
- BALIBAR, Étienne (1991): *Ecrits pour Althusser*, París, La Découverte, 1991.
- BALIBAR, Étienne (1995), *The Philosophy of Marx*, Londres, Verso.
- BENSUSSAN, Gérard (1985), «Crise du marxisme», en Labica (Georges) y Bensussan (Gérard), *Dictionnaire critique du marxisme*, París, PUF.
- BERNSTEIN, Eduard (1961), *Evolutionary Socialism [Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie]*, Nueva York, Shoken Books.
- BESNIER, Bertrand (1976), «Conrad Schmidt et les débuts de la littérature économique marxiste», en *Histoire du marxisme contemporain*, vol. I, París, UGE 10/18.
- BIDET, Jacques (1988): «Sur l'épistémologie du jeune Croce. A propos du débat Labriola / Croce sur la valeur 1896-1899», en Labica, Georges y Texier, Jacques (eds.), *Labriola d'un siècle à l'autre*, París, Méridiens-Klincksieck, 1988.
- CALLINICOS, Alex (1989), *Against Postmodernism*, Londres, Polity Press.
- CALLINICOS, Alex (2008), «Whither Anglo-Saxon Marxism» en Bidet, Jacques y Kouvelakis, Stathis, *Critical Companion to Contemporary Marxism*, Leiden, Brill.
- GERAS, Norman (1990), *Discourses of Extremity*, Londres, Verso.
- GUSTAFSSON, Bo (1976), «Capitalisme et socialisme dans la pensée de Bernstein» en *Histoire du marxisme contemporain*, vol. I, París, UGE 10/18.
- HOBBSBAWM, Eric (1990), *Echoes of the Marseillaise*, Londres, Verso.
- JAMESON, Fredric (1991), *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*, Londres, Verso, 1991.
- JAMESON, Fredric (1993), «Actually Existing Marxism», in *Polygraph*, 6-7: 170-195.
- KORSCH, Karl (1973), «Crise du marxisme» en Korsch (Karl), *L'Anti-Kautsky, ou la conception matérialiste de l'histoire*, París, Champ libre.
- KOUCHELAKIS, Stathis (1996), «Le postfordisme, une lecture à partir de Gramsci et Foucault» en *L'ordre capitaliste* (diversos autores), París, PUF.
- KOUCHELAKIS, Stathis (2000), «D'un congrès l'autre: Marx fin de siècle», en Stathis Kouvelakis (ed.), *Marx 2000*, París, PUF, 2000.
- LACLAU, Ernesto y MOUFFE, Chantal (1985), *Hegemony and Socialist Strategy*, Londres, Verso.
- LABRIOLA, Antonio (1934), *Socialism and Philosophy [Socialismo y filosofía]*, Chicago, Charles H. Kerr Publishers.
- LECOURT, Dominique (1973), *Une crise et son enjeu*, París, Maspero, 1973.
- LEFEBVRE, Henri (1989), *La Somme et le reste*, París, Méridiens-Klincksieck.
- LENIN, Vladimir Ilitch (1968): *Materialism and Empiricriticism*, en *Collected Works*, vol. 14, Moscú, Eds. Progreso, 1968.
- LIDTKE, Vernon L. (1976), «Bernstein et les prémisses théoriques du socialisme», en *Histoire du marxisme contemporain*, vol. I, París, UGE 10/18.
- LUXEMBURG, Rosa (1970), «Reform or Revolution» en *Rosa Luxemburg Speaks*, Nueva York, Pathfinder.
- MASARYK, Tomas G. (1898), «La crise scientifique et philosophique du marxisme contemporain», en *Revue Internationale de Sociologie*, n° 6.
- SOREL, Georges (1982), *La décomposition du marxisme*, París, PUF, 1982.
- TOSEL, André (1996), *Etudes sur Marx (et Engels)*, París, Kimé.
- WOOD, Ellen Meiksins (1998 [1986]), *The Retreat from Class*, Londres, Verso.